

UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR
BIBLIOTECA CENTRAL
5 MAR 1971
HEMEROTECA

RESPONSABLES: José Roberto Cea
José María Cuéllar
Salvador Silis
Alfonso Quijada Urías

nuevos

narradores salvadoreños

mauriciomarquinaeduar
dosanchojosémaríacuéllar
ricardocastrorivassantiagoc
astellanos uriel vaienciaul
isesmasisernestoarrietapera
ltajosérobertoceamariadel
ourdesmiguela.serpas.

UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR
BIBLIOTECA CENTRAL
SAN SALVADOR, C. R.
CENTRO DE REVISTAS



l a p á j a r a p i n t a

Me despidieron los muchachos en la parada de buses sacándose los pañuelos (mauri y toñín) pero mejor no digo me despidieron porque se que no te gustan las despedidas o saludos de introducción, lo mejor es conocerse y lo demás sobra se puede descartar como un envase desechable.

quise decirte algo o mejor algo te quiero confesar pero si te lo digo te vas a molestar o es que se demasiado de tus fronteras que mejor te lo voy a decir mañana cuando te vea a la salida del trabajo y se me va ocurriendo que mejor te lo escribo en una carta así como vos me escribis cosas y me las pasás y yo te contesto y me haces preguntas y ahí va mi respuesta pero esto es diferente y no puedo colocártelo en pocas palabras se que te vas a burlar de mí si te lo escribo se que te vas a reír y me vas a agarrar con tus palabras y me vas a enredar y no voy a hablarte en dos horas, me voy a chivear a presentar una cara empujada de veras que lo hago te lo prometo (—adiós muchachos nos vemos mañana)

mauricio saca su pañuelo blanco y lo zaranda y todos están en la parada como veleros despidiéndome, la gente va a pensar que están locos que les patina que se les ha sobado el cloch

se que no voy a poder discutir con vos porque siempre me convencés siempre me hacés cambiar de parecer y por eso ya no te voy a decir lo que iba a decirte mejor ya no, me vas a salir con tus edificios argumentales, me vas quitando los intentos te voy a proponer para que me llevés donde querrás a tus rincones secretos donde vas a estudiar absorber la tranquilidad quiero ir a tu tranquilidad a tus salidas porque sé que tenés tus escondites donde, uno puede meter la cabeza como caracol

me vas a decir vamos hoy mismo y además vas a recordarme de que tenés que entregarle la brújula a toñín para que se guíe por esta ciudad esta pipa tiene la forma de una pipa de la paz y ya me imagino a toñín fumando la pipa de la paz y CUAL PAZ me vas a decir CUAL PAZ CUAL BOLSA CUAL TRANQUILIDAD se que me vas a salir con ese sarcasmo y que me voy a intranquilizar por meter las narices

y para contentarme vas a tocar la nariz con tu nariz o vas a apretarme aunque sabés que no me gusta pero eso me bajará la tensión adiós gracias y pregunto para que esa brújula y me contestás rotundamente para que sirven las brújulas

entonces busco mi salida para no quedarme

atrás "como los marineros que besan y se van" neruda

te me vas a quedar viendo y vas a felicitar a tocarme otra vez la nariz y vamos a comenzar a dirigimos a la parada de buses y me vas a preguntar a que rincón querés que te lleve —y si ya estoy en tu rincón? te voy a contestar y eso sé que te va a desorientar y no vas a contestar nada durante un tiempo—xy= igual a la distancia que estaremos separados y como voy observando tus pasos y lo que vas mirando y veo que me vas a ofrecer un sorbete a la caretilla que los ofrece de piña de coco y tamarindo y sé que vas a pedir tamarindo y me vas a ofrecer de coco y al rato vas a pedirme para probar el coco y tendré que probar tu tamarindo y te va a gustar mi coco y yo me quedo con tu tamarindo y se que me vas a pedir suelto para pagar y vas a pedirme la pistera y me debés 20 tvs. más 10 del bus la otra vez me voy dando cuenta que voy para la casa y que la gente toca el timbre y se baja o golpea la puerta y empuja un chico guapo pero requete guapo a una chica y pide disculpas y me tira línea y yo le tiro línea y lo veo sin retirarle línea y el chico no quita línea y entonces desconecto y por la ventana veo luces o los luceros como tu los llamas luceros bajados a esta ciudad hospitalaria y se que me dirás que especifique eso de hospitalaria pero comé chucho

siempre queriéndome agarrar con la palabra en la boca con tu teoría de que la palabra mueve al mundo me tengo que quedar callada viéndote a los ojos no sé para verte mejor para verte mejor para retenerte y vas a salir con nos poseemos nos entendemos nos alimentamos y voy a tener que gritarte que si podés estarte quieto con la palabra y veo que el muchacho tomó en serio la línea que le tiré porque ya viene a sentarse a mi lado y me sonríe y no está mal no está mal y si me lo conquistara espiritualmente metafísicamente como diría mauri y el chico guapo me pregunta la hora y le digo que ya es tarde voy para casa tengo que ir recordándome porque siempre que comienzo a resfriarme con mauri se me olvida la parada de casa y cuando siento ya estoy por el centro y después vienen los problemas y embrollos con papi y mami y me agarra una risita contagiosa y el chico guapo cree que es con él y le tengo que decir que me voy riendo de un amigo.

(toñín dice que lo regañan en casa cuando llega temprano a las 8 y por eso llega a la una de la mañana con la sobriedad del dirigente que dirige y que a veces se levanta su mamá para olerle si viene a trago olido y me dice vos que no te componés llegando temprano seguí mi ejemplo de eso me reía)

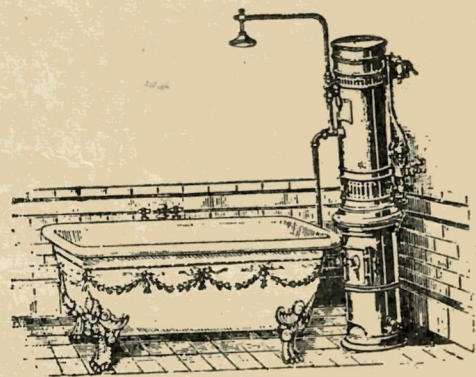
el chico guapo tiene unos ojos ay que me los como y se lo voy a contar a janet antes de que vea a mauri, me gustan las pestañas así de ondulantes, pero si esto se lo digo me va a comenzar con sus ardides mauri y es mejor que ni le diga que me estuvieron filteando en el bus y que tiré línea para probar y se aquí en adelante que es efectiva esta manera de tirar línea y saco el espejito de la cartera y sé que mauri detesta este espejito que un día me lo tiró al río acelguate ahí por el puente cuando íbamos mirando el espejo del sena centroamericano y me dijo que mejor mirate en este espejo sucio

me veo las pestañas tal vez para compararme con la pestañas del chico guapo y veo que se me ha corrido la pintura negra fija-

dora y plástica me veo los ojotes o como me dice mauricio —soy tan poco observador que no sabría decirte de que color y me los comienzo a arreglar y me gustaria que mauri me viera para que se calentara y me hiciera una carita de dictador o que toñín me viera para recibir su condena y así podría decirles no crean que me arreglo para llamar la atención voy viendo por el espejito para atrás y y no les voy a decir que voy viendo para atrás y se que los dejo en adivinanzas, aguantándose las ganas de ver lo que voy viendo...

y llega mi turno y después de tocar el timbre voy abriendo la puerta de mi casa del dulce hogar y comienzo a ver las caras de papi arrugada por esa lucha en aumento de salarios que lo acostumbra a enflaquecer y esto de enflaquecer me vuelve a mauri y lo quisiera aquí para que convenciera a papi que se olvidase del aumento de salario y que agarare una cacerola y se la quiebre al pri-

*"Dejé mi paraguas
donde
claudia o mirella"?*



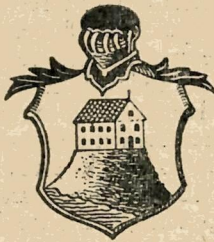
mer poseedor de cabezas de pagos de acreedores de chupadores de plenitud humana y le doy un beso a papi pues no he perdido esa costumbre ritual mágica de esta prehistoria y digo que vengo de la U y me hacen una cara de signos dudosos y les enseño mis libros y mami me besa diciéndome que la cena se enfriá

voy al baño a lavarme las manos y el espejo es la adivinanza, me lavo la cara y me quito aquellas pinturas punticos negros que me atascan la salida del orificio lacrimal y realmente quiero la cena fría

estoy viendo a mis papis en el desayuno con sus huevos estrellados que han exigido con tomate y les veo una carita que dirigen a mí con su máscara de una bondad y no no les dirijo ni les correspondo con la mirada, me quedo viendo el plato y sus siluetas se mueven como asustadas pidiéndome que dirija una palabra pero ya estoy harta ya no aguanto esa bondad y me levanto de la mesa, pido permiso digo que tengo que irme y me dicen —adiós claudia que dios te acompañe y voy al baño y me veo en el espejo y me he sonreído al acordarme de mauri y toñín cuando hacen filosofía sobre el espejo y mis pestañas que a veces no me las emparejo bien, me queda una más larga que la otra y me dicen que qué paso con las rayas pero coman chucho vacas

EDUARDO **S**ANCHO

Crónica de los Malditos



Ricardo Castro Rivas

Lo único que recuerdo nítidamente de Marietta, es la pasión profunda que sentía por las torres. Ni su mismo asombro cuando se desnudó frente a mí. Ni el llanto y el sobresalto que sucedió a su primer orgasmo, cuando se dejó ir así, de pie, erguida, temblante, húmeda como una torre después de la lluvia. Ni tan sólo ese sublime momento pudo grabarse tanto en mi memoria, como esa pasión intensa que sentía por las torres. Era de un temperamento dominante, lindante con ese dominio que ejercen las mujeres que rozan con miedo la puerta del lesbianismo o que la traspasan. No podía yo compartir su extraña predilección, porque cuando estábamos solos en nuestra desnudez, ni la torre de Pisa, ni la de Eiffel, ni la de Babel, podíanse comparar con mi falo erecto, que ella aprisionaba entre sus manos, y allí brillaba, musculoso, maravilloso y fantástico, como si fuera la espada de la creación. "Y todos los hombres tienen esto igual?" Casi todos, pero el mío se distingue por su exagerada curvatura que alcanza casi la semicircunferencia, como si estuviera destinado a exploraciones subterráneas. "Y te portás igual con todas las mujeres". Depende del aporte de cada una. Por eso prefiero lesbianas, ninfómanas o alguna puta medianamente borracha o excitada con yohimbina. Me gustan aulladoras, ardientes. "De manera que yo no soy una de esas". No, estás como quien dice entre la espada y la pared de tu ambisexo. "Entonces sería horrible concebir". O tal vez te curés de esa aberración. "Sí, tal vez". Y se dejaba ir, nuevamente, húmeda, de pie, como torre azotada por la lluvia. Caía de espaldas en el lecho, barbotando, extenuada. Volvíame de espaldas a su sueño y sumíame en mi libro de poemas al tiempo que el vino español decía adiós desde el culo de la botella verde, barriguda, indiferente. Lo que nunca confesé a Marietta es que a veces, me asaltaban hartas ganas de que un mozo de cuadra o un herrero, me echara de bruces sobre un yunque o sobre una estiba, y allí me forjaran como a hierro dócil, hasta que mis gemidos los convenciera de su obra perfectamente elaborada. De allí que tanto Marietta y yo, éramos presa de aberraciones semiocultas, lo que nos permitiría estar unidos, tanto tiempo, defendiéndonos uno al otro. Y así viajábamos uno al otro lado de

Como un cuarto que se repite muchas veces en la memoria, pasaban los días. Doña Paula juntaba todas las mañanas los zompapos muertos de la cocina y los colocaba al pie de las Maravillas. Era algo que había hecho durante muchos años, ignoraba por qué se morían en la noche y no en el día o por qué se morían simplemente. Al amanecer abría la ventana con gran cuidado para no destrozarse una tela de araña que moraba en uno de los batientes y se lavaba la boca.

Siempre había un jarrón esperando las manos de tabaco de doña Paula, junto al san roque, abogado de las mordidas de los perros con rabia. Era la única virgen de la casa y vivía orgullosa de eso y lo decía cada vez que se presentaba la ocasión. En misa era la más fervorosa y la que daba más limosna. Todo mundo volvía los ojos cuando el sacristán extendía el plato hasta doña Paula y también todo el mundo guardaba la imagen auditiva de las monedas chocando entre sí.

La primera vez que escuchó las canciones de Gardel, tenía quince años, y acababa de darle de comer a las gallinas en el patio.

Ese día aceitó los candados, pulió los candabros, hizo rechinar las camas, se acordó

JOSE MARIA CUELLAR

Los Sueños

la piel del otro, entre sorbos de vino español y lectura de poemas. Elaborándonos mutuamente como finos orfebres, conscientes de su arte. Al final, caía adentro de su útero paridoso, allí me incubaba, crecía, y ella me paría, gozosa, me limpiaba, me cuidaba y me amamantaba como a un hijo desamparado, herido, huérfano, como cuando cruzando el Danubio, cruzó por mi mente la idea de la muerte. Ibamos en una barcaza rumbo a Mamaia, en el mar Negro. Lía se solazaba con el sol de primavera. Camelia mordía una manzana que compró en la ribera. Los italianos cantaban barcarolas junto al inevitable Campari. Sentí un puño en el pecho al pensar en la muerte. Fue un chispazo recordado, que sonó a nombre de mujer. ¿Wewé? ¿Marietta? ¿Margó? Pensé súbitamente en Mozart, en Wagner, en Franz Liszt y lo que sucedió fue casi escena de los films de Fellini. En una regata avernal cuyo barco insignia era la cabeza de san Juan bautista, competían millares de cadáveres anónimos; entre ellos destacaba por su cobridez, el cuerpo mutilado de Anastasio Aquino, mascullando palabras náhuatl, maldiciones. Cerré los ojos y aún así podía contemplar aquella incesante procesión mortal. Fue una visión instantánea pero memorable hasta el

de sus sueños y se vio veinte veces a escondidas en un pequeño espejo.

Perucho hablaba con ella todas las tardes. Era bajito tenía trece años y vivía con la boca abierta y le gustaba tomarle la mano a Paula y sobársela un buen rato, hasta que ella le decía a la chucha vos, cuándo vas a terminar de sobarme la mano, como si solo eso tuviera. Perucho la amaba y ella lo sabía. La primera vez que se dejó tocar las chiches fue el dos de noviembre día de su santo. Esa noche tuvo sueños con personas desconocidas que querían tocarla.

Perucho no llegó a abrirla la ropa, pero soñó durante veinte años su carne llena de nidos.

Doña Paula despertó. Su piel estaba húmeda por el aguacero de julio. Durante veinte años había soñado que era poseída con furor.

Todo comenzó al siguiente día de que Perucho le tocó las chiches. Durante veinte años, había penetrado a su alcoba en sueños y ella lo había recibido.

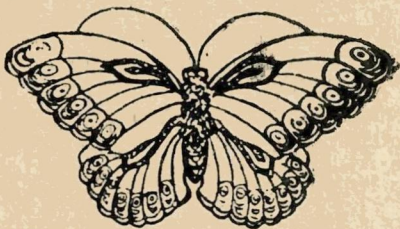
Su familia tenía noventa años de misterio. Doña Paula Burgos fue la segunda hija del matrimonio. Años después supo que su madre le había deseado la muerte, pero quien se murió fue su hermana mayor María Teresa. Perucho llegó con las tortillas una tarde de febrero. Ella lo miró y le preguntó si se llamaba Perucho y le contó que tenía un jardín exclusivo para las Maravillas; la siguiente vez le contó que tenía un espejo y un gusano tortolita y así todos los días hasta llegar a la época en que Perucho le sobó la mano y después las chiches. Al siguiente día comenzó a soñar.

Perucho se fue de la ciudad un día y ella empezó a ver las cosas despintadas y los retratos de la familia con tristeza.

Doña Paula amaneció muerta. Bajo sus nalgas había un charco de agua oleaginoso y en las patas de la cama cuatro cazuelas no dejaron jamás que se subieran las hormigas.

espanto. Empero continuó viendo, en incesante repetición, ríos y mares con profusión de muertos flotando como sargazos infernales. Caía casi por la borda cuando la mano cálida de Lía me despertó de mi pesadilla. Comprendiendo mi trance me acogió en sus brazos y allí calmé mi terror al contacto de sus senos, grandes y tibios como frutas puestas al rescoldo. Volver al vino y las barcarolas. Cantar las canciones eslavas. Rielar con la luna sobre el agua. Volar como espadín de plumas a ras de agua. Danubiarne hasta la última gota de tiempo. Vinarme hasta perder los sentidos. Liarne con los besos y las trenzas de Lía, hasta llegar al delta y pisar la blanca arena del Mar Negro. Doina. Luna. Timba. Muncitoresc. Teodorescu. Mara Dinescu. Dosbidania. Dosbidania. Dosbidania, hasta que nos vimos nuevamente en Santiago de Cuba ¿recuerdas? Era 26 de julio y carnaval. "Sí. Era de maravilla verte a este lado del mundo cuando hacía apenas un año te había contigo misma allá en el aeropuerto de Bucarest". Da, llegaste al comedor de la ciudad Universitaria con unos poetas que se

las



las mariposas en ráfagas continuas, en puñados de miles, incontables como presencias de colores jamás imaginados, en mezclas extrañas: una cosa las hacía igualmente brillantes, era esa fosforescencia alucinatoria que se estrellaba, volando en remolino que chocan contra mi rostro sudoroso, mi piel pegajosa como la miel, que me pegan su polen a los párpados sumergidos en medio de este papaloteo incesante, indescriptible. Su sonido era como un coro de ancianos que mastican su propio fuego de muerte. Su olor, como el de una sangría, penetrante, envolvente, un delirio de alas pegadas en las partes desnudas de mi cuerpo me daban apenas el tiempo necesario para aclarar un pequeño espacio en la memoria, y luego venían por miles, en correntadas, cuya atroz caricia me hace bordear esta sensación de asfixia.

de pronto las mariposas se dibujaban, transparentes, brillando, cambiando de tono cada segundo, abanicos que se extendían con la

misma palpitación del vuelo, y ahora, pasaban a través de mi cuerpo como si fuese aire, yo movía mis manos a través de las mariposas, sentía los colores como sustancia proteica, que se estrellaban en ese espacio vacío que a ratos parecía querer abrirse en mi memoria.

el aire no llegaba a mis pulmones, de pronto, en medio del punto más grotesco de esta danza loca, maravillado y aterrado por estos pequeños esqueletos voladores de alas afiebradas, mi cuerpo recorrido en oleadas por una especie de frío gaseoso reventó por todas las partes desnudas de la piel, y por allí salían arroyos de mariposas cantando la esencia de la sangre. Para mí ese momento fue más real que ahora que lo estoy recordando, sujetando sus superficies separadas por un hilo truculento, falso, como desde la lejanía.

la voz salía de mi boca para afuera convirti-

CRONICA DE LOS...

éof

asombraron porque te besé. "Pues sí. Somos. Vamos. ¿A dónde? Y fuimos a La Habana. Primero al Floridita. Y nos sentamos donde solía estar Hemingway durante horas sorbiendo su ron. Caminando rumbo al puerto, entramos en la Bodeguita del Medio a sabiendas de la caída de mal que íbamos a darle a los demás compañeros. No nos importó. Nosotros éramos místicos de la caña y la revolución. Bebíamos a su salud cuando entró Nicolás Guillén con sus poemas y una mora que me hizo temblar la lengua. Lo cierto es que cuando dijiste que querías ver la Catedral "es muy linda a estas horas de la noche" "te devuelve al 1700" yo me marché al Monseñor para escuchar a BoladeNieve cantar su vete-de-mí, y la madrugada nos sorprendió recogiendo caracoles a la orilla del malecón, descalzos, húmedos de sal, llenos de alegría, humosos, pensando en ir hasta Guanabacoa para asistir a un bembé. Má, tus santerías. "No seas bruto, es puro folklore". Lo sé, pero mejor nos embarcamos y vamos a Colina Lenin, en Regla. En el Quijote compramos ron que una vez cruzada la bahía, bebimos en silencio en el parque de la colina. Ella pensaba en tangos. Yo no pensaba. Era. Laco me dijo que era su amante una vez que estábamos en el Colmao. "Hoy vivimos juntos en el hotel Presidente". ¿Y qué? Sólo conservo este jirón de ella, escrito quién sabe cuándo y que dejó para mí el día que marchó "dejo que la ciudad me atrape, mientras la sirena del vapor sueña alucinada llenando de pavor el último pedazo de alma que dejaste en mí. Es como si algo me impulsara a huir eternamente, siempre al suicidio en vida, al amor imposible, a la constante búsqueda, en pos de nada, tras de la indefinibilidad, que al final, al encontrarse, no me da fuerza para matarme, ni mucho menos para llorar ante la cobardía". MiriamAcevedo canta. La escucho. MiriamAcevedo gime su angustia desde el fondo de su canción, en la penumbra del Capri. Yo sufro. (Lidia. Lidiamor. Lidiangustia. Nunca tocaste la música de ti misma, de tu alma). Yo angustia. Lanzo por la ventana la pluma y quedome solo. Miriam es ahora un disco negro de acetato que nada dice, inmóvil. Mientras el río solo de terror,

bazofia, hambre, aborto, locos y suicidas, recibe el buque donde Lidia mira el rielar de la luna y las luces de Buenos Aires que la llaman para atraparla con la magia angustiada de los tangos, después de su huida hacia la nada, hacia el imposible, mientras las sirenas ululan demenciales en la noche, haciendo temblar a los niños, aquietando este animal que hirió su amor envenenado. Rompo su testimonio, su retrato, la hoja de tilo que trajimos desde el Pescarus, y me echo a putear a la vida con unas lágrimas que me saben a ron, a cañamarga.

Sensación de mortuoriedad se crece en mí, cuando escucho la música de Wagner. Misma sensación ha sido abrir el viejo álbum fotográfico familiar. Y he allí que surgiendo de las amarillentas páginas, el rostro de mi padre me llena los ojos y es su presencia como una caída de hojarasca otoñal, de un color idéntico al que tenía la cabellera de Rolando en las madrugadas de alcohol y trahumantes guitarras y discos de Bob Dylan. De ese color canela tierna era el cabello de mi padre. Tras observar largo rato su pálida imagen y sus profundos ojos, y pensar en su vida, penetra en mi olfato aquel vaho a madera húmeda que emanaba de él siempre que volvía a casa, y pronunciaba una sarta de incomprensibles palabras, las que en más de una ocasión pude descifrar y comprender que se trataba de cierta persecución de fantasmas y demonios que padecía desde cuando era adolescente. De no ser quien era yo por entonces, hubiera dialogado largamente con mi padre, pues hasta hoy, que conozco el laberíntico camino por el que transcurría su angustia, anudada la garganta por incontables hechos y sucesos inconfesables es que sé quién era. Si entonces hubiese estado como hoy, atosigado de excremento, ahito de enmierdarme, cuánto hubiera comprendido a mi pobre viejo, noble hasta la cobardía, que después de amar a mi madre, quedó maldito para siempre. Desde el fondo de sus ojos siento esa mirada, tan humilde, implorante tanta, como la mirada de un perro hambriento. Y al sentir que me taladran sus ojos, vuelvo la página y cierro el álbum, que cae como la primera paletada de tierra que echaron sobre su ataúd gris-cemento el día que decidió renunciar a la vida bípeda, parlante, estúpida. "Ah, fue la vez aquella que te robaron los zapatos y una antología de Neruda". Da. Llegué descalzo a casa de Roberto con las primeras del alba. Tere acababa de levantarse, con esa catarata de azabache que le cae por la nuca turbadoramente.

Qué hora de homicida senti en aquel momento, porque Tere sería el gran poema si se la pudiera poseer en un lecho mortuorio, con la cabellera desparramada en las sábanas como negra tormenta destruyendo la nieve. Con todo, Armijo me regaló unos zapatos que aún caminaban y continué mi viaje. Y así, hasta el fin de las rotaciones galácticas. "Imagínate una bola de estiércol, inundando hasta la náusea el universo". Eso somos los terrícolas. "Eso somos, si no salvamos el poema. He allí la salvación. Salvemos el poema ¿o es que ya es imprescindible para nosotros la diaria ración de podredumbre? "Seguro que seguiremos cagando sobre esta inmundicia tierra para fertilizarla. Después, en infernal círculo vicioso, comiendo de ella para recargar lo digerido. Y siempre de peor calidad, puesto que a mayor cantidad de seres, menos mierda a cada uno. "Lo que pasa es que vos sos un resentido". Y quién no se va a resentir con tanta incertidumbre. Decime, por ejemplo, cómo deslindar los campos de la certitud y la locura, si jamás se está en los dos campos a la vez? "Es que la verdadera locura la conocen los cuerdos hasta que están loquísimos, esa tu pregunta es como jugar mica: te-la-pegan-la-pasás-te-lapegan". Entonces no nos arrepentimos de nada. Aumentemos la vida engendrando, pese al diario hartazgo de inmundicia. Vivamos hasta el fin de los pájaros. "Claro, nuestra es la vagina, nuestro es el semen". Aprendamos de las bestias inferiores que jamás claudican, acordáte de La Masacuata: **lavirginidadproducecáncer vacúnensecipotas**. "Sólo así podrás morir tranquilo, puta qué quijote más de a huevo, falo-en-mano-y-a-derrubar-vaginas, esa consigna está buena para la juventud demostracatrisiana. "Aquí se venden fábricas para producir estercoleros". No digáis que no fuimos previsores. "Estamos preparando técnicos que perfeccionarán estas fábricas". Ya pidió su fábrica, señor capitalista. Y Ud. señor comunista, ya pidió la suya. "Putá, que antisolemnés". Antisolemnísimos, hijosputa, loquitos. "Agitadorazos, oradores, bolequísimos". En el fondo, ni lo aceptaban, ni lo negaban. Silenciábanse, sencillamente. Muro-piedra-silencio. Néstor pensaba: ¿Dónde estará aquel que me señale con el dedo y me jure que nunca se lo ha metido en el trasero y se lo ha olido con deleite?" Mario cogió un plumón y escribió con letras grandes en la pared: "Sabed que aquel que tira piedras, es porque ha sido antes lapidado". Mario.

(Fragmento de "VIAJE AL OTRO LADO DE LA PIEL").

da en un cono de música suspendida en algún estado horizontal, algún espíritu anciano que habita ese sonido cuyo tono es el de las variaciones multiplicadas en este momento febril. Lo intenso de alucinar, de verse convertido en una criatura con luz en la voz, a pesar de la pesadilla bellísima de estas mariposas que hacían andar cada vez más de prisa el hilo de sus pensamientos. Abrió la boca, repetidamente, para gritar fuerte, fue como abrir la boca en el fondo del océano de mariposas, no pudo cerrarla, las mariposas lo habían invadido, se volvía corporales, su voz nunca salió. Ni pudo. Cuando el aire falta, el corazón tiembla como un tambor escondido en el ritmo de su asombro. El ácido le devolvía lentamente su pasión cósmica.

Esa pequeña música de fiesta que se desgrana como un fogón de mil chispas alegres azotando al ser y elevando su historia fuera del presente, danzando dentro el ritmo de los márgenes de los capilares negros del ritmo que nos saca sacude y desdibuja la otra mitad: la repicando el alma, rebazando con materia sin límites, sin espíritu, sin forma: como una raíz plantada sobre la roca del amanecer sin límites del sonido. Agarrándose con miles de manos las caderas y reproduciéndose sexo a flor, canto a sueño, voz a sangre riente. La ilimitada sensación sin fin, agarrados directamente del cerebro, con pernos de agua, con alfileres de agua en la lengua que roza al contacto del sueño despierto de las rosas, con crisantemos en los ojos, en las mejillas la miel colorada, la miel dichosa lamiendo su propio sonido sin reír. Este oído en la pared del fuego, disparándose adelante de las gotas de rocío del hombre florecido en medio de este rumor eléctrico que dispersa mi sombra, que agota mi silencio hasta la emoción distante de las cosas agarradas de la misma cintura, una cintura que persigue en gritos la forma, sin arrancar, sin ver, soñando un viento que no cabe en el espíritu canta su propia prisión en signos que son momentáneos. Tu brazo apretando tus propio seno, distorsionando esos bordes que nacieron del descuido elevatorio del



pezón, adelante, como un cúpulo capullo que trota siempre en el sentido de tus pasos, para apretar su cumbre sin rozar esos veniludos caminos que rodean tu seno de música para el sueño. —¿Cómo hacer, por creer que un momento soy y en otro no? Cuando una noche he buscado tu cuerpo, con el temor del sueño frágil de la familia dormida. Con la alegría del encuentro en la piel, en silencio, escuchándonos a puro tacto, en lo oscuro de la noche, atravesados por nuestras propias voces de nuestras tibias manos vibratorias, enloquecidas, ciegas y despertando un angel desoso enmedio de tus pliegues agrietados por la hembra infinita. Una mujer entregada en sueños, una hermana eternizada, sin dimensiones conocidas. Lúcida a las llamas del acercamiento, sabia, celosa, silenciosa, blanca, de labios reunidos contra un fondo de vellos extendidos y suaves, encima de la piel que descubre unas fosas nasales maravillosas. Donde olimos juntos buscándonos los labios, mi boca detrás de la tuya.

Allí está ella. De pie, de espaldas a la pared, con el rostro sumergido en un sentimiento que se hacía vaho hasta llegar y ascender poco a poco, con su color azul que invadía su cara hermosa.

Su color era el musgo de mis ojos, ese color de musgo seco mezclado a la esencia de la noche. (Ella es solo una conocida mía, su nombre el que elijamos). Yo la siento apenas la veo, la siento aquí, y viene ese tam-tam del corazón, me aferro a un latido: sus ojos negros ahora ríen, sus labios se curvan para abrirse y sonreír más todavía, de pronto, como los gatos dé media vuelta, veo sus nalguitas tan blandas como mi propio espíritu. Es como vibraciones de una sustancia que nos intenta reunir a fondo, caminando únicamente por las hojas de tu cuerpo, sin aprender que para eso basta solo un asentimiento tuyo, hasta el fondo de ella como si en un recodo de su corazón estuviésemos mi sombra en un destierro de goces infinitos. El cuerpo asciende hasta otros por sus propias vibraciones, yo llegaré a ti cuando mi rostro esté transformado por tu cuerpo, cuando tu espejo más claro sea yo. Cuando aquella cosa be-

lla que crece sea tu órbita de alegría infinita enmedio de los muertos que viven en la tumba profanada por la locura.

Cada encuentro son ríos de ansiedad que me cogen del cráneo, que me prenden fuego en los ojos y más allá del vientre, en el cuerpo que nos dá el alma, tu mirada me cerca como un abismo en el que me veo a caballo, a caballo para sembrar la semilla infinita, que dá vida a las flores y al lenguaje de los pájaros.

Aquella vez tu sabías que mis ojos te rondaban. Estaban todos. Hasta la misma sensación de cercanía cuando te vi dentro de ti, descubijada del sueño y del amor. Tus sueños en ese tiempo quemaban, y tu sudando te acercabas a mí, yo te pedía el cuerpo a cambio de mis ojos. Yo que sabía lo que me pasaba cuando esta fiebre me agarraba de la sangre. Aprendería a ver con el tacto, reconociendo tu cuerpo entre todos los cuerpos de las piedras, tu piel entre la suavidad de las plumas, me orinaba de alegría, en sueños, en sueños.

Estabas tan cerca, tu mirada era fugaz, pero penetraba hasta el otro lado de mis sensaciones como oliendo a un profundo ritmo de plenitud vital. Tú sabías que mis ojos eran la sombra de los tuyos. De repente, te levantas de la mesa y te vas a sentar en cierto ángulo en el cual mis ojos refrescaban su alegría sobre la piel y los muslos y más dentro. Yo te vi como mía, una extraña sensación invadió como una ráfaga mis ojos. Tu vibrabas, te movías de un lado a otro, a veces de frente, otro momento de lado más bien.

Como esa semilla de labios poderosos que se aferran a un tronco desnudo, en convulsiones cósmicas, delirando de alegría que emana de otra dimensión: la danza de la vida crepitando lentamente por tu boca, con sus labios como cuerpo de moluscos hialinos, pegajosos, trotando por la pendiente infinita de mi cuerpo.

las mariposas

mauricio
marquina

El sol reverberaba sobre los tejados encendidos, encandilados en aquel mediodía de frustración y dolor. Alberto consultó el reloj: era indispensable asomarse a la ventana, al agujero insólito desde donde se contemplaba la ciudad, inmersa en el sopor del verano. Alberto comenzó a desnudarse. En ese instante sorprendió la carrera furtiva, nerviosa, corta, de la salamandra. El animalejo se detuvo indeciso, hizo girar su cabeza chata y clavó sus ojitos en aquel hombre desnudo, asomado a la ventana...

El recuerdo de Silvia resurgió en su memoria y lo obligó a continuar rescatando gastadas reminiscencias. En realidad nunca logró comprenderla. Al principio se desesperaba por estar a su lado, impulsado por aquel afán de contemplarla, de poseerla, de oírla sollozar bajo las sábanas, de sentir su cuerpo tibio deslizarse bajo el suyo y rescatarla terriblemente enardecida de aquel descenso vertiginoso, que trastornaba todo lo circundante, que volvía luminosas las paredes...

Silvia. Bastaba pronunciar su nombre para que los recuerdos entraran subrepticamente en una mezcla de palabras, olores, sollozos y tibiezas. Todo en Silvia era sorprendente. Sus ideas que a él le resultaban extrañas o fervorosamente identificables. Su manía de hablar largamente sobre la muerte, sobre su supuesta benevolencia, sobre lo que significa como forma de evasión, como liberación o atadura definitiva. Y aquella idea fija, que tantas veces se obstinara en repetir, de alcanzar la muerte tras una puerta, en una tarde lluviosa, en una casa sola y triste, con las paredes cubiertas de viejos daguerrotipos, mudos testigos de aquella su muerte singular. Y luego aquellas sorprendentes divagaciones, pesadillas quizás imaginadas por otro ser, en otra latitud, siglos antes o siglos después. Sí, definitivamente, Silvia resultaba ser un cúmulo de visiones terribles, de augurios aterradores...

"La ciudad, solía decir, ¿qué es la ciudad...? Un espejismo, producto tal vez de la conversación torpe de dos seres insignificantes en el banco de un parque cualquiera. La ciudad, llena de animales inmisericordes, atosigada de rencor, pronta a reventar, rala evasiva, terriblemente ausente. Levantar una ciudad es algo semejante a encasillar las aflicciones. Unos y otros, inevitablemente, nos vemos forzados a retirar las tarjetas en las que vamos marcando, día a día, nuestra asistencia ineludible al disfrute de nuestro propio, y espantoso dolor..."

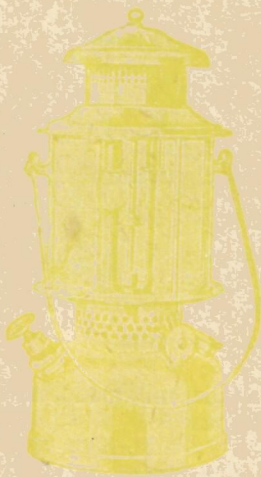
"¿Qué hacer...? Tú prefieres evadirte, insistes en permanecer a mi lado, pero únicamente para contar con la posibilidad de ubicarte de nuevo, cuando retornas de esas evasiones. Hablas, sonríes, suspiras; a veces insistes en ser temerario, y me absorbes, me precipitas a peligrosas ruindades. Nunca fui ruín, te lo confieso, nací con el alma llena de tarjetas verdes, rosadas, azules y amarillas, y en cada una de ellas, inscrito el sentimiento que era imprescindible aparentar en cada momento, ¿me comprendes, logras llegar al fondo de todo lo que te digo...?"

Sus ojos grandes, brillantados, se fijaron en él. Tuvo vergüenza. Vergüenza de su inutilidad, vergüenza de contemplarla, vergüenza de sorprender en sus ojos la odiosa benevolencia que nunca le requirió, que jamás necesitó.

La salamandra ganó otro pequeño trecho. Aún distaba mucho de la orilla del

tejado y no se lograba comprender su intención, ese afán de correr y luego quedar estática, como en espera de algo providencial. Alberto volvió a la realidad. Sintió un pequeño malestar que comenzó a cubrirle el rostro de un sudor copioso y lo forzó a gesticular, como si la realidad le resultara sofocante. La imagen luminosa de Silvia volvió a trastocar su mundo. Aquellos ojos grandes, dorados, hermosamente expresivos, resurgieron en su memoria...

"Me fascina escuchar a Bach o remitirme al silencio... contemplar los infiernos



Santiagocas

TellanOsLasAL

amANDra

llenos de su regocijo natural o escuchar las campanas de la catedral y pensar en minerales derrumbados, en estrepitosas blasfemias, casi metálicas, resonando por toda una eternidad. Blasfemia. Amo las blasfemias, son un reto, un escupitajo. Pregúntamelo a mí... Era yo una niña retraída, oculta siempre, llena de ideas extravagantes, junto a una madre fanatizada, capaz de entregarlo todo por una tonta e inútil absolución. ¿Puedes acaso imaginar a una criatura besando el suelo asqueroso de una sacristía...? Había que hacerlo, era algo necesario, para evadir las humillaciones, los golpes y los insultos. No me culpes ahora. Ayer he visto pasar frente a mí a un cristo junto a

una virgen, cargados por una multitud de seres idiotizados. No lo pude evitar, debes comprenderlo, no lo pude evitar. De inmediato, como si las imágenes hubiesen permanecido largo tiempo en mi cerebro, como pedazos de un film enloquecedor, vislumbré a ese cristo, cubierto de cicatrices, con una coca cola en la mano, embelesado ante los desnudos de playboy. Un cristo hecho hombre, me comprendes, con todas las iniquidades, con todas las bellezas de un hombre. Un cristo sumergido en el mundo, mezclado a las vulgaridades cotidianas de cualquier ciudad, un cristo carcajeante o estremecido por el llanto... Y pude también imaginar a esa virgen, de pie en las esquinas de la Avenida Independencia, derrotando sus años ilesos en la Calle Celis, sollozando frente a un aparatoso Corazón de Jesús, reverberante, multicolor, difuso entre el humo y el hedor exasperante del prostíbulo...

A Silvia la conoció en circunstancias muy sorprendentes. Coincidieron en ciertas reuniones que amigos comunes organizaban para charlar, leer y escuchar música. En las primeras semanas consideró imposible, casi ridículo, llegar a ser amado por aquella mujer. Simplemente le pareció algo tonto. Ello, sin embargo, no le impidió concebir ilusiones. Pensar en la imposibilidad de aquel amor y anhelarlo se fue convirtiendo en una permanente obsesión. La repentina cercanía de Silvia, su manera de hablar, casi confidencialmente y aquella forma de mirarlo, con sus ojos brillantados, jubilosamente reveladores, lo llenó de asombro, de miedo, de deseos incontrolables.

"Silvia. Silvia. Silvia. San Salvador es la ciudad más mierda, acostumbrabas repetir, y apisonabas rabiosamente el asfalto, y después te asqueabas y caminabas a tientas, como si en realidad tuvieras los zapatos enmierdados. Y luego nos metíamos al cuarto, y te dedicabas a fumar. Los ojos se te dilataban mientras la más placentera de las sonrisas distendía tus labios. Y comenzabas a divagar y te lanzabas sobre mí, convertida en un objeto, y me hablabas del sol, de sus coléricos rayos, de su obstinación en meterse por el ventanuco, y te revolvías el cabello y te tirabas al suelo y continuabas divagando. Me hablabas de una música disfrutada años atrás, elogiabas aquellos acordes que yo no podía escuchar, pero que alcanzaba a imaginar con sólo mirarte los ojos, las manos y los senos, totalmente expresivos. Y después, soltabas una risa histérica y te metías bajo las sábanas y sollozabas y me llamabas, me reclamabas. Todo intento resultaba inútil. Se te llenaba el cuerpo de una tibieza que no era tuya, que permanecía sobre la piel, que no alcanzaba a llegar a tu sangre y a tus intestinos..."

"Somos diferentes, Alberto, absolutamente. Amamos cosas distintas, aunque albergamos un final semejante. Vivimos unidos sólo por el deseo. Pero nadie puede culparnos, aunque hayamos atentado contra todo lo establecido..."

La salamandra, luego de mover su cabeza a uno y otro lado, recorrió el trecho restante y se precipitó al vacío, justificadamente, en aquella tarde bochornosa, en aquella ciudad. Desde el asfalto alcanzó a vislumbrar una ventana vacía, mientras la multitud se arremolinaba, morbosa y satisfecha, junto a su cuerpo desnudo y moribundo...

- I -

Se construyen ciudades en mi huella de hormiga,
con sótanos redondos, raíces profundas.
Cubiertos con velos misteriosos. Bruma
Nutridos de luz bajo sus lenguas

Sus pisos, constante movimiento de polvos luminosos
Así como espacio ahogado por colas de cometa
Con fondo de mares, que vienen, que se alejan.
Sus cielos, infinitos círculos que nunca tocaron sus extremos
Arca de mis mil maneras de mirar.
Vago en las ciudades.

Abrí mi libro para cantarme el cuento
La página fue azul, eterno, solo azul
no existí, mis pies, solo polvo luminoso
mis ojos me los arrancó el cielo.
La página fue azul, mas al rasgar el velo,
me miré meditando bajo el color del cuento.

- II -

Pozo de luz herida, No sangre. No rocío.
Luz hundida con la cara al cielo. Una cruz.

Con mis trinos sangrados, mi paloma, mi amado, mi muñeca.
Y la gente con ojos y orejas y dientes.
Dueña de mis ficciones
Y niños atrapados en mis burbujas violetas.
Sobrecogedora Unidad.
De infinita soledad, y de espera.



POEMAS



POEMAS



Poe
ma
s

Ma
ría

de

Lourdes Poemas

Pajarita
DE
papel

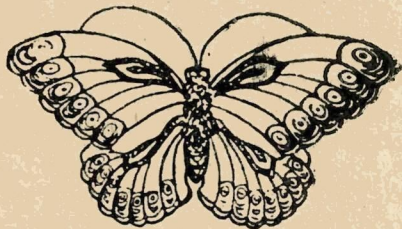


Miguel A. Serpas

Para resguardarse del artificio, para mitigar la incomprensión y la dureza de una sociedad insensibilizada por la mediocridad o simplemente por afinidad de caracteres, los escritores y los niños se identifican en la vivencia de un mundo alucinado por la fantasía y el asombro, sólo ellos, por su pureza de espíritu, pueden mistificarse en una realidad que es inaccesible para los que son moralmente incapaces de percibir la grandeza de las cosas sencillas o comprender el simbolismo de los garabatos y los versos. Dichosos los poetas pues siguen siendo niños y pueden emborronar una cuartilla, hacer un barrilete o una pajarita de papel. Y es que un pedazo de papel, buena intención, amor al oficio y mucho ingenio han sido suficientes para que esta pajarita cobrara vida y trascendiera en vuelos cada vez más audaces por todas las inquietudes artísticas de nuestro medio. Ella ha sido, es, portaestandarte de una generación

inconforme pero consciente de su propio valor, incubadora de genialidades, promotora de rebeldía, blanco móvil para la miopía de muchos detractores y se ha mantenido pese a la borrasca, grácil en su forma, sustanciosa en su contenido, generosa en su capacidad de dar y recibir el fruto de las experiencias. En cinco años de gorgoros literarios ha conjugado las ideas de un verdadero equipo técnico e intelectual orgulloso de su labor artística, a tal grado de que cuando salen de prensa los primeros ejemplares de esta publicación, húmedos aún, los trabajadores de esta Editorial: tipógrafos, linotipistas y encuadernadores, nos embadurnamos de tinta y de satisfacción las manos y los ojos y somos por decirlo así, los primeros golosos en el festín de la pájara, gozamos de las primicias del lector y del crítico y nos consideramos los niños más alegres con su juguete nuevo.

las



las mariposas en ráfagas continuas, en puñados de miles, incontables como presencias de colores jamás imaginados, en mezclas extrañas: una cosa las hacía igualmente brillantes, era esa fosforescencia alucinatoria que se estrellaba, volando en remolino que chocan contra mi rostro sudoroso, mi piel pegajosa como la miel, que me pegan su polen a los párpados sumergidos en medio de este papaloteo incesante, indescriptible. Su sonido era como un coro de ancianos que mastican su propio fuego de muerte. Su olor, como el de una sangría, penetrante, envolvente, un delirio de alas pegadas en las partes desnudas de mi cuerpo me daban apenas el tiempo necesario para aclarar un pequeño espacio en la memoria, y luego venían por miles, en correntadas, cuya atroz caricia me hace bordear esta sensación de asfixia.

de pronto las mariposas se dibujaban, transparentes, brillando, cambiando de tono cada segundo, abanicos que se extendían con la

misma palpitación del vuelo, y ahora, pasaban a través de mi cuerpo como si fuese aire, yo movía mis manos a través de las mariposas, sentía los colores como sustancia proteica, que se estrellaban en ese espacio vacío que a ratos parecía querer abrirse en mi memoria.

el aire no llegaba a mis pulmones, de pronto, en medio del punto más grotesco de esta danza loca, maravillado y aterrado por estos pequeños esqueletos voladores de alas afiebradas, mi cuerpo recorrido en oleadas por una especie de frío gaseoso reventó por todas las partes desnudas de la piel, y por allí salían arroyos de mariposas cantando la esencia de la sangre. Para mí ese momento fue más real que ahora que lo estoy recordando, sujetando sus superficies separadas por un hilo truculento, falso, como desde la lejanía.

la voz salía de mi boca para afuera convirti-

CRONICA DE LOS...

éof

asombraron porque te besé. "Pues sí. Somos. Vamos. ¿A dónde? Y fuimos a La Habana. Primero al Floridita. Y nos sentamos donde solía estarse Hemingway durante horas sorbiendo su ron. Caminando rumbo al puerto, entramos en la Bodeguita del Medio a sabiendas de la caída de mal que íbamos a darle a los demás compañeros. No nos importó. Nosotros éramos místicos de la caña y la revolución. Bebíamos a su salud cuando entró Nicolás Guillén con sus poemas y una mora que me hizo temblar la lengua. Lo cierto es que cuando dijiste que querías ver la Catedral "es muy linda a estas horas de la noche" "te devuelve al 1700" yo me marché al Monseñor para escuchar a BoladeNieve cantar su vete-de-mí, y la madrugada nos sorprendió recogiendo caracoles a la orilla del malecón, descalzos, húmedos de sal, llenos de alegría, humosos, pensando en ir hasta Guanabacoa para asistir a un bembé. Má, tus santerías. "No seas bruto, es puró folklore". Lo sé, pero mejor nos embarcamos y vamos a Colina Lenin, en Regla. En el Quijote compramos ron que una vez cruzada la bahía, bebimos en silencio en el parque de la colina. Ella pensaba en tangos. Yo no pensaba. Era. Laco me dijo que era su amante una vez que estábamos en el Colmao. "Hoy vivimos juntos en el hotel Presidente". ¿Y qué? Sólo conservo este jirón de ella, escrito quién sabe cuándo y que dejó para mí el día que marchó "dejo que la ciudad me atrape, mientras la sirena del vapor sueña alucinada llenando de pavor el último pedazo de alma que dejaste en mí. Es como si algo me impulsara a huir eternamente, siempre al suicidio en vida, al amor imposible, a la constante búsqueda, en pos de nada, tras de la indefinibilidad, que al final, al encontrarse, no me da fuerza para matarme, ni mucho menos para llorar ante la cobardía". MiriamAcevedo canta. La escucho. MiriamAcevedo gime su angustia desde el fondo de su canción, en la penumbra del Capri. Yo sufro. (Lidia. Lidiámor. Lidiangustia. Nunca tocaste la música de ti misma, de tu alma). Yo angustia. Lanzo por la ventana la pluma y quedome solo. Miriam es ahora un disco negro de acetato que nada dice, inmóvil. Mientras el río solo de terror,

bazofia, hambre, aborto, locos y suicidas, recibe el buque donde Lidia mira el rielar de la luna y las luces de Buenos Aires que la llaman para atraparla con la magia angustiada de los tangos, después de su huida hacia la nada, hacia el imposible, mientras las sirenas ululan demenciales en la noche, haciendo temblar a los niños, aquietando este animal que hirió su amor envenenado. Rompo su testimonio, su retrato, la hoja de tilo que trajimos desde el Pescarus, y me echo a putear a la vida con unas lágrimas que me saben a ron, a cañamarga.

Sensación de mortuoriedad se crece en mí, cuando escucho la música de Wagner. Misma sensación ha sido abrir el viejo álbum fotográfico familiar. Y he allí que surgiendo de las amarillentas páginas, el rostro de mi padre me llena los ojos y es su presencia como una caída de hojarasca otoñal, de un color idéntico al que tenía la cabellera de Rolando en las madrugadas de alcohol y trahumantes guitarras y discos de Bob Dylan. De ese color canela tierna era el cabello de mi padre. Tras observar largo rato su pálida imagen y sus profundos ojos, y pensar en su vida, penetra en mi olfato aquel vaho a madera húmeda que emanaba de él siempre que volvía a casa, y pronunciaba una sarta de incomprensibles palabras, las que en más de una ocasión pude descifrar y comprender que se trataba de cierta persecución de fantasmas y demonios que padecía desde cuando era adolescente. De no ser quien era yo por entonces, hubiera dialogado largamente con mi padre, pues hasta hoy, que conozco el laberíntico camino por el que transcurría su angustia, anudada la garganta por incontables hechos y sucesos inconfesables es que sé quién era. Si entonces hubiese estado como hoy, atosigado de excremento, ahito de enmierdarme, cuánto hubiera comprendido a mi pobre viejo, noble hasta la cobardía, que después de amar a mi madre, quedó maldito para siempre. Desde el fondo de sus ojos siento esa mirada, tan humilde, implorante tanta, como la mirada de un perro hambriento. Y al sentir que me taladran sus ojos, vuelvo la página y cierro el álbum, que cae como la primera paletada de tierra que echaron sobre su ataúd gris-cemento el día que decidió renunciar a la vida bípeda, parlante, estúpida. "Ah, fue la vez aquella que te robaron los zapatos y una antología de Neruda". Da. Llegué descalzo a casa de Roberto con las primeras del alba. Tere acababa de levantarse, con esa catarata de azabache que le cae por la nuca turbadoramente.

Qué hora de homicida sentí en aquel momento, porque Tere sería el gran poema si se la pudiera poseer en un lecho mortuario, con la cabellera desparramada en las sábanas como negra tormenta destruyendo la nieve. Con todo, Armijo me regaló unos zapatos que aún caminaban y continué mi viaje. Y así, hasta el fin de las rotaciones galácticas. "Imaginate una bola de estiércol, inundando hasta la náusea el universo". Eso somos los terrícolas. "Eso somos, si no salvamos el poema. He allí la salvación. Salvemos el poema ¿o es que ya es imprescindible para nosotros la diaria ración de podredumbre? "Seguro que seguiremos cagando sobre esta inmunda tierra para fertilizarla. Después, en infernal círculo vicioso, comiendo de ella para recargar lo digerido. Y siempre de peor calidad, puesto que a mayor cantidad de seres, menos mierda a cada uno. "Lo que pasa es que vos sos un resentido". Y quién no se va a resentir con tanta incertidumbre. Decime, por ejemplo, cómo deslindar los campos de la certitud y la locura, si jamás se está en los dos campos a la vez? "Es que la verdadera locura la conocen los cuerdos hasta que están loquisimos, esa tu pregunta es como jugar mica: te-la-pegan-la-pasás-te-la-pegan". Entonces no nos arrepentimos de nada. Aumentemos la vida engendrando, pese al diario hartazgo de inmundicia. Vivamos hasta el fin de los pájaros. "Claro, nuestra es la vagina, nuestro es el semen". Aprendamos de las bestias inferiores que jamás claudican, acordáde de La Masacuata: **lavirginidadproducecáncer vacúnensecipotas**. "Sólo así podrás morir tranquilo, puta qué quijote más de a huevo, falo-en-mano-y-a-derribar-vaginas, esa consigna está buena para la juventud demostracatrisiana. "Aquí se venden fábricas para producir estercoleros". No digáis que no fuimos previsores. "Estamos preparando técnicos que perfeccionarán estas fábricas". Ya pidió su fábrica, señor capitalista. Y Ud. señor comunista, ya pidió la suya. "Putá, que antisolemnés". Antisolemnísimos, hijosputa, loquitos. "Agitadorazos, oratores, bolequisimos". En el fondo, ni lo aceptaban, ni lo negaban. Silenciábanse, sencillamente. Muro-piedra-silencio. Néstor pensaba: ¿Dónde estará aquel que me señale con el dedo y me jure que nunca se lo ha metido en el trasero y se lo ha olido con deleite?" Mario cogió un plumón y escribió con letras grandes en la pared: "Sabed que aquel que tira piedras, es porque ha sido antes lapidado". Mario.

(Fragmento de "VIAJE AL OTRO LADO DE LA PIEL").

- I -

Se construyen ciudades en mi huella de hormiga,
con sótanos redondos, raíces profundas.
Cubiertos con velos misteriosos. Bruma
Nutridos de luz bajo sus lenguas

Sus pisos, constante movimiento de polvos luminosos
Así como espacio ahogado por colas de cometa
Con fondo de mares, que vienen, que se alejan.
Sus cielos, infinitos círculos que nunca tocaron sus extremos
Arca de mis mil maneras de mirar.
Vago en las ciudades.

Abrí mi libro para cantarme el cuento
La página fue azul, eterno, solo azul
no existí, mis pies, solo polvo luminoso
mis ojos me los arrancó el cielo.
La página fue azul, mas al rasgar el velo,
me miré meditando bajo el color del cuento.

- II -

Pozo de luz herida, No sangre. No rocío.
Luz hundida con la cara al cielo. Una cruz.

Con mis trinos sangrados, mi paloma, mi amado, mi muñeca.
Y la gente con ojos y orejas y dientes.
Dueña de mis ficciones
Y niños atrapados en mis burbujas violetas.
Sobrecogedora Unidad.
De infinita soledad, y de espera.



POEMAS



POEMAS



Poe
mas

Ma
ria

de

Lourdes Poemas

Pajarita
DE
papel



Miguel A. Serpas

Para resguardarse del artificio, para mitigar la incomprensión y la dureza de una sociedad insensibilizada por la mediocridad o simplemente por afinidad de caracteres, los escritores y los niños se identifican en la vivencia de un mundo alucinado por la fantasía y el asombro, sólo ellos, por su pureza de espíritu, pueden mistificarse en una realidad que es inaccesible para los que son moralmente incapaces de percibir la grandeza de las cosas sencillas o comprender el simbolismo de los garabatos y los versos. Dichosos los poetas pues siguen siendo niños y pueden emborronar una cuartilla, hacer un barrilete o una pajarita de papel. Y es que un pedazo de papel, buena intención, amor al oficio y mucho ingenio han sido suficientes para que esta pajarita cobrara vida y trascendiera en vuelos cada vez más audaces por todas las inquietudes artísticas de nuestro medio. Ella ha sido, es, portaestandarte de una generación

inconforme pero consciente de su propio valor, incubadora de genialidades, promotora de rebeldía, blanco móvil para la miopía de muchos detractores y se ha mantenido pese a la borrasca, grácil en su forma, sustanciosa en su contenido, generosa en su capacidad de dar y recibir el fruto de las experiencias. En cinco años de gorgoros literarios ha conjugado las ideas de un verdadero equipo técnico e intelectual orgulloso de su labor artística, a tal grado de que cuando salen de prensa los primeros ejemplares de esta publicación, húmedos aún, los trabajadores de esta Editorial: tipógrafos, linotipistas y encuadernadores, nos embadurnamos de tinta y de satisfacción las manos y los ojos y somos por decirlo así, los primeros golosos en el festín de la pájara, gozamos de las primicias del lector y del crítico y nos consideramos los niños más alegres con su juguete nuevo.



En el corto-circuito de mi abuela o cuando se le acabaron las pilas

(Anti-Elegia)

Yankis Go home, gritamos una vez a los chelitos en tu cara.
¿Qué es Go home? Dijiste.
¿Por qué a su casa? Continuaste después ¿Si la tierra es de todos?
No comprendías tú o no querías comprender
aunque tu hermano —el tío de la foto— haya muerto en la guerra
que inventaron los gringos en Las Segovias de Sandino.
Siempre fuiste así
 de corazón abierto, amplio...
y cuando el odio te salía, porque tenías odio, lo echabas
 a montón, a río suelto
chiflonudo era el odio tuyo, como tu amor también era violento...
Y cuando me putiabas por alguna diablura que te hacía
 era como si el cielo se me viniera encima
—Y no te me acerqués porque te parto!
 Eras capaz de hacerlo
y cuando me veías como perro apaleado
—Vení a comer tu pan, no me hagás caso, soy una vieja loca de remate,
 haz lo que quieras
quién te va a aguantar si no tu abuela...
 Se despejaba el cielo, el rojo del semáforo se cambiaba
 a luz verde
y el carro de la vida se enfilaba a la dicha.
Así fui como nieto, así fuiste de abuela
 ni tú ni yo cambiamos ni vamos a cambiar el carril que nos tocó
desde el primer banderillazo de salida...

Ya estuvo todo, sólo me quedas tú en el recuerdo
y te hago florecer en mis palabras
porque lo pueden todo las palabras
aunque no lo creamos por instantes...
A propósito de palabras, tenías razón, para unos
escribir poesía es soplar y hacer botellas
sólo que se debe soplar bien
para que las botellas resistan.

Una vez, a una tu enemiga —porque también tenías
tus enemistades por nosotros—
le dijiste que todo estaba bien
pero que había más dolor, más drama de verdad
en los silencios que en los gritos.
Aquella no entendió y fue mejor...

No puedo traicionar tu recuerdo.
Sé que me estás mirando, que me escuchas
que sabés lo que hago...
Tenías como veinte sentidos y mirabas hasta con los ojos de los
pies.

Así somos las viejas —me decías— creen que nos engañan.
Nos hacemos las locas, como que el closh se soba, que no es lo mismo...
Todo para no dar nuestro brazo a torcer o viceversa.

Total, ese corto-circuito nos dejó deslumbrados,
ese acabón de pilas me derrumbó en las lágrimas
no pensé que sería tan luego
o que alguna vez tenía que ser cierto...

En fin, ya saben como somos los nietos de encariñados
con los viejos.

Por algo nos dejaron hacer lo que deseábamos hacer.
Pura alcahuetería, dulzura de vivir con los abuelos
encantamiento, arrobamiento de programa en la televisión...

Bueno, quiero decirte que siempre haré las romerías
a San Antonio del Monte, a Teotepeque, a Esquipulas
al Guayabal,

—aunque no crea en Dios ni en los santitos que adorabas de amor
de buena que eras y de misterio...—

pero es que ahí se aprende a caminar
a dormir en el sueño a juntar leña para el fuego
y a despertar sin gallos ni relojes.

Todas las romerías que no hicimos
las vamos a vivir como quien dice.

Tu egoísta sin non, tu egotista con par
se te puso tristón sin más ni más,
pero así es
cuando menos se espera salta la libre...

José Roberto Cea



la
pájara
pinta
60

Publicación de
Editorial Universitaria
Costado Nor-Oriente de la
Facultad de Odontología,
Ciudad Universitaria,
San Salvador,
El Salvador, C. A.

Teléfono Dirección: 25-6604

Ventas, Suscripciones
y Anuncios: 25-6903.

y es que tú puedes instalar en tu habitación: tortugas, moscas, simiente de cebollas, un generador radioisotópico, perros amaestrados, fotografías, guisantes para el invierno, frazaditas de lana guatemalteca, porque pensándolo bien tras este telón de encajes fantasmagóricos duermen las hormigas.

los corderos: una ilusión. habrá poetas? una ilusión o un cliché? porque no eres poeta. no por la razón entiendes? otra vez el silencio. encender la pipa y lo peor de todo son los límites del tiempo. demasiado corto? no. a que no tengo que dejar de hacer lo que tengo. la máquina. ir a una oficina. los... brujos. hacer algo para otros. shiiii. : el botón, él dijo: trabajen. es necesario. el café, la caña, la necesidad de nosotros, todos nosotros, el sacrificio. de un mudo donde podamos hacer algo para los otros.

todos quieren ser ellos mismos. la división. la abnegación. eso. fuuuussf!... miles de años. los que piensan no quieren. no piensan con las hormigas. la falta de solución. el ejemplo. yo quiero ser honesto. uno mismo, el café, el cigarro, volver a encender la pipa, a dar vueltas. hasta mañana. de qué horas a qué horas? sí. ¡oh!... yes. es tuyo. me lo han prestado. no lo conozco. inhalas. sentáte. ya me voy. descansá. he estado sentado. de angustia el aire. sumergido cruzas las piernas y parecen tajos de eternidad. sobre el césped los girones derramados. en su interior silencios maltratados en su venitas de volátil textura que a veces nos oprime, un atardecer de anillos celadores del terror. en los ocultos santuarios violencias que sacuden los engranajes, llenos están de vahos maravillosos. abres los ojos: silencio... humo. todo cambia... ¡oh! yes. y tú piensas en todo esto querida? nunca por las calles miras el hormiguero. y los colores. los cuadros? esta semana. claro. entiendo. mimos. el mismo rumor. me miras?

de todos modos faltan soluciones. un pensamiento circular. hay que estallar, en vez de irse por una cuerda... estallando sería una línea. ¡oh!... ¡oh!... tratándote. ser honesto. somos egoistas. por la especie? yea. yo no quería ser lo que soy. esta época exige conocerla. su origen. sus relaciones. su fruto. la actitud es gozo. ser un vago cuesta, pero mi mente no te pone amarillo, azul... a veces pego piedras. en la cédula soy estudiante. es adecuado por las fronteras, pero soy honesto. no tengo matrícula 178. todas las heridas causan insistentemente asombro, pero las hormigas por la mañana levantan los cadáveres de todo un gran puñado de carboneros.

música de hazzz. de color. qué opina? me molesta. le he contestado o hemos platicado. ahí terminó la entrevista. así quien no. revivan. están muertos. se los han estado domando. desde adán. cuadrados... tú sabes. experta en erizar los poros. abrir canales para que se deslice la imaginación. exterminar las válvulas ficticias, plásticas, válvulas delirantes como vulvulas fenicias, húmedas, imágenes que revelan la pérdida del equilibrio, los ungüentos medicinales del sueño y esa angustia penumbrosa, orlada de vellos oleaginosos provocadores del caos, alfileres, estiletos, morenos en su agujero... lo digo yo que he vivido la historia. talvés antes hubiera sido obispo. no es lo mismo entender la ausencia de dios, a no sentirla. viene el fanatismo de izquierda y de derecha. más. mágicos sitios. mao. fidel. tú crees que habría necesidad de héroes? cada uno haría lo que le toca. esta muchacha sabe que la estoy llamando. hay café. dos.

uno ve con los dedos. queremos incienso. enciende esta caja tuya? creo. sabes qué exigimos con la plástica, el diálogo? lo individual y lo colectivo. aunque se excluyen se integran. existen en sí mismo porque están separados. se repelen porque se contraen. es más grande la pequeñez. si se sale, es mejor que todo eso. te integras. tenés fósforos? siento un fuerte olor a sangre. aspiremos. he tenido un buen tiempo. ahí viene un sociólogo... de artistas. casual. la reforma. me falta tiempo. qué nuevo. cuando no tengo nada que hacer siento que sobre innecesario y no me contento. ¡ay! el ego. y reconoces: mañana el suplemento dominical, el control sanitario, el aterrizaje de miles, de millones de hormigas que vendrán a tomarse los campos, las minas...

la muerte aguarda el menor movimiento. te gusta maltratar, clausurar, cegar caminos. la buhardilla frágil por donde asomas, el hombre... su temores son ritmos vertiginosos y el mutismo va poblándose de hogueras. el hipo de la noche que nos separa y la ventana con su desesperación tocan el pasado, el futuro, la mirada se nos unge de hormigas de tiempo...

por la calidad humana me distingo de los animales. y su ego funciona en su especie? aunque superando el control, el descontrol, el mismo hecho, no basta. no basta con vegetar, con ver el sendero de las hormigas. mejor me enciendo. bonzo? en ese aspecto... quiúbo!!! ser para algo. par mí. para tí. ser. no. el siendo. en función de algo. date cuenta. y nosotros al final de cuentas. del cuento. la semilla. tú naces, ... pero eso implica el ser. no. es mejor ser siendo. bla. bla. blá. para fregar esas cosas, a saber de donde las trajeron. cómo afirmas tú que no tienen conciencia los girasoles? ¡ósmosis!

quién está muerto? estar muerto es fácil. pero para qué? sartre: complicado. su lengua: puñal. actor: miller. las naranjas: van goj. extraordinario, fantástico. new york: biblioteca. no hay un plano mental amigos? reflexión. comunicar. a todos. ni los mismos lo mismo. comunica. la fisura que nos entretiene. piensa en las hormigas.

tiran la soez. todo sabe a verdad. porque entreveo. eutuchenko: autobiografía precoz. rebelde. nuevo. poco representa allá. sólo hablar contra stanlin. aquí afuera. nada. allá sí. y mi café? los pasos de los demás. afuera. el silencio. fijáte en la necesidad. fusión de un hombre y una mujer. es cierto. el garbato. necesidad. el tiempo. babosadas. el café. lo orgánico. ¡fac! las radiaciones, los experimentos, los defoliadores, todas las explosiones sacuden las cavernas donde reposan los granos de trigo. si tú no puedes planear es fruto de la cultura. 2 más 2 = 4. tara rira. talvés cambie cuando invente otra aguja el reloj. cuando sea un espejo. aunque siempre ha sido un espejo. una multitud. todos toman las cosas a su modo. a su cápsula, equipada de miedo, porque las hormigas riegan con sus antenas, hermosas esquirilas.

bueno. tengo clase a las 6 p.m. en el mio las 5 y cuarto. la puerta del diablo. todavía no se ha terminado el discurso del presidente. preferí mejor quedarme callado. ahí viene el cálculo. la reaparición es un cálculo, un milagro, una mueca malabárica de impulsos generados en el silencio, sobre los mapas inmensos por donde pasean a descampado por ejemplo indígenas decapitados, establecimientos militares.

tienes miedo a ser juzgado? no. conmigo no iba a dialogar. han salido las hormigas; agregó que se le acusa de haber entregado a la policía un diario, una crónica. a ellas...

interrumpen el resultado dijo al final. la responsabilidad se amplía en la revolución. lo definitivo. el cerebro electrónico.

chic. chic... sacále la lengua a la máquina. la sabiduría del corazón. te ríes? con el dedo en la boca? doblas la cabeza? otra vez el silencio y las muchachas y la adhesión obrera es oficialmente un paradigma de la magnificencia de los secuestrados por las hormigas. más adelante, de la médula de las sombras, de los portales y los hechos, y las recompensas se alzarán mágicas.

esto a veces agrada como la casa. funciona... la izquierda no funciona. también la otra. los contrarios. la frotación de los elementos. su intermitencia entrelazada. la espiral de la negación.

talvés el hormiguero, no crees???

e
h
o
r
m
i
g
a
s
e
n
o
r
e
n
e
n
e



uriel
valencia